

Un librero y el patrimonio bibliográfico estatal

Señoras directoras, señoras jefas de departamento, señoras jefas de servicio:

Muchas gracias por invitarme a sentarme entre ustedes. Siempre que asisto en condición de librero a un acto protagonizado por sabios me siento como uno de los mercaderes en el templo del Señor, o por mejor hablar, en el templo del saber. Con la edad estoy aprendiendo a considerar esta condición (me refiero a la de vendedor, no a la de sabio) como no excesivamente degradante.

Algunas lecturas proto humanistas, o tardo medievales, me están ayudando a ello. Por ejemplo, Bernardino da Siena, en sus *Prediche volgari*, escribe el año 1427: “Nadie no puede comprar o vender si no quien tiene marcado el nombre de la bestia, y el nombre de la bestia es el Anticristo” cita muy cercana al Apocalipsis. Me alivia sobremanera que en palabras de un santo, y en estos tiempos apocalípticos, esté en el mismo error bíblico tanto quien compra como quien vende. Con esto, estamos en paz.

Otro punto que ha aliviado sobremanera este complejo mío ha sido el de tratar con instituciones públicas, y la Biblioteca Nacional de España en Madrid es un modelo de institución pública. Tras muchos años, casi quince, de agradable mercadeo, he llegado a sentir que en realidad no sólo les estaba vendiendo libros o manuscritos o cualquier otro de los ítems con los que están honrando sus estanterías, sino que si lo hacía no me pagaban sólo por los libros. Quiero decir, he llegado a sentir que el dinero que tan generosamente me ha sido pagado, no me venía sólo por el valor del libro. He querido pensar que en el sobreprecio que añade un librero está incluido un plus que, al menos en mi caso, comprende dos vertientes. Una es que pagan por mi trabajo, que consiste en hacer de un libro una cosa digna de algo tan digno como el Patrimonio libresco de un país, y la otra es que satisfacen una condición íntima: soy ferviente creyente en la Res Publica y en la responsabilidad de todos en el engrandecimiento de esa Res cuando tiene la condición de pública y la defiende.

Reflexionando estos días sobre de qué quería dialogar con ustedes, he encontrado un valor añadido más al trabajo que, como librero, comparto con ustedes. Los libros no pertenecen a quien los compra (aunque tenga factura y pague sus impuestos) si el que lo compra no es una institución pública con voluntad de servicio y de pervivencia. He aprendido a desprenderme de la posible vanidad que puede suponer decir tengo tal o cual libro. ¿Con qué seguridad puedo decir que un ejemplar que ha estado en manos de nobles, lectores, conventos varios, o profesores variados desde hace unos 400 años me pertenece porque ahora lo tenga yo? En todo caso, soy yo quien pertenece al libro. Estoy convencido que algunos de esos libros que llamé míos y ahora están en alguna de las Bibliotecas Públicas con las que he tratado son más míos ahora que entonces. Sobre todo si esa biblioteca tiene la intención de no mercadear con ellos y asume algunos de los deseos que abrigo para mis ex-

libros: no reencuadernar, no restaurar, no adecentar según modas pasajeras, no lavar y no quitar las marcas que el tiempo le haya ido añadiendo. Los libros los mercadeamos como patatas (no viene mi orgullo por creer que tengo un trabajo de altos vuelos) pero no los pelemos, lavemos, centrifuguemos y friamos.

La altura “moral” de una institución pública me atrevo a medirla (y perdonen la osadía) dependiendo del distinto valor que da a lo que compra o a lo que recibe por donación. Por muchos es dicho que lo que no se paga no vale. Me congratula ver en esta exposición tratos preferentes a las donaciones. Quiero interpretar esto como una acotación cumplida a lo que decía antes sobre que una institución pública no valora sólo con dinero lo que compra: asume el valor añadido que el librero aporta con su estudio, con su garantía y con su trabajo. No soy un santo ni económico ni fiscal. Pero sí he participado con fruición en su deseo de agrandar su patrimonio. Recuerdo el caso de la Tragedia aurea, llamada Josephina (nuestra signatura R/40628). Un cargo de la Biblioteca me propuso a ayudar a la compra poniendo mi nombre para que un particular que quería seguir en el anonimato pudiera vender ese libro a la Casa. Hice de testaferra sin ganar un solo euro.

De este trato estoy tan orgulloso como de aquel otro en el que pude multiplicar por vario el precio que pagué. Después de rondar por las librerías y casas de subastas más prestigiosas del mundo como incunable español incompleto, pude comprar un libro que no era ni incunable ni incompleto, y del que se había perdido el rastro desde el *Abeceдарium* de Hernando Colón. Quizá el precio fuera excesivo, o no, pero no lo fue el descubrimiento. Tuve la suerte de hacerlo yo en lugar de hacerlo la BNE, pero el valor del libro hoy, fuera o no pagado, es el mismo. En cambio el precio ha bajado de manera dramática: nadie comprará, ni en el mercado negro, un libro que proceda de la BNE y se considere ejemplar único: Ahora los señores ladrones de libros ya saben como se las gastan ustedes cuando viene alguien a rascarles los libros y las cosquillas.

Con tantos valores añadidos no se espanten si luego creen que los libros son caros.

A pesar de sus varias características, un nexo de unión liga la función de todas las bibliotecas, y un nexo diferente, pero también homogéneo en sí debería ligar a todos los que están a su servicio: cobren o paguen por ello. Y es el aprendizaje que conlleva y la divulgación que exige el libro como patrimonio.

Y no estaría de más citar y comentar el epigrama de Ausonio, maestro de retórica, del siglo iv:

Has comprado libros y llenado los estantes, Filomuso:
¿Crees que estás educado gracias a ellos, que eres culto ya?
Si hoy te compras cuerdas, lira y plectro,
¿crees de verdad te pertenecerá el reino de la música?

A lo que me quiero añadir: ¿crees que por haber comprado y vendido libros ya eres librero? ¿Crees que porque has tenido la fortuna de ganar un dinero indecente con alguno de ellos ya eres un hombre de negocios respetable? Los libros están por encima de todas estas mezquindades. Y seamos sinceros: en mi caso lo acepto porque a veces no son sino mercancía, no tengo, desde el punto de vista fiscal, un oficio diferente al de comerciante de patatas como ya está dicho. Si les traigo mercancía soy mercader, pero no siempre que les traigo un libro soy librero, pues ¿cuántas veces he equivocado un precio, he interpretado mal una bibliografía, cuántas veces he cantado a voz en grito “tengo un ejemplar único” ante la sonrisa justamente sornosa de un bibliotecario mejor informado? Una de las tareas del bibliotecario patrimonial es corregir esos desvaríos.

Pero acotando a Ausonio: ¿crees que porque has comprado con pólvora del rey unos libros, los has puesto en un estante y lo prestas a unos cuantos ya eres bibliotecario? El dignísimo oficio de ustedes estaba por encima del mero almacenaje ya en la época de los Tolomeos alejandrinos. Ya era su trabajo entonces corregir todas las vanidades del librero, limitar sus propios intereses y sus propios gustos a los de la institución y otros valores del trabajo de ustedes que ustedes conocen perfectamente y que no necesitan que un pelagatos como yo les recuerde.

Y aun quiero acotar más a Ausonio, ahora que tenemos el libro y cuanto representa en la historia de la cultura como tema de discusión. ¿Crees que porque has comprado un libro, lo has estropeado añadiéndole una encuadernación moderna (por lo general espantosa), lo has marcado como a una res con un exlibris y te has inscrito en sociedades y academias, ya eres bibliófilo? A propósito de la encuadernación. No me cansaré de repetir nunca las palabras de Hipólito Escolar, persona poco sospechosa de desafección al libro:

“El valor de la encuadernación y de la ilustración es tanto mayor cuanto menor es la capacidad de lectura y comprensión del texto que tienen el propietario o las personas para las que se han hecho.”

O por decirlo en palabras de humanista: los ornamentos hacen al caballo más hermoso, pero no mejor, lo que casa con el deseo del bibliófilo Decembrio, cuando ansía en un libro virtud, belleza y talento. O por decirlo en un idioma

que ya no entiendo:”*alii cum virtute simul dignitatem indolis et oris gratiam appetentes*”.

No olvidemos nunca que el libro no nos pertenece, nosotros pertenecemos al libro y que seremos juzgados por como lo hayamos transmitido al próximo pseudo-poseedor. Y ahora quiero reflexionar sobre las condiciones de esa transmisión.

¿Qué nos une, o que debería unirnos a quienes estamos en esta mesa: librero, bibliófilo, bibliotecario? Quiero pensar que dos detalles que ya apuntaba Ortega y Gasset en su mítico “La misión del bibliotecario”: asumir que como gozadores de un producto fundamental en la historia de la cultura, “cuanto más se acumula del pasado, mayor es el progreso” y también reflexionar que en la propia exuberancia descubriremos los riesgos de nuestro esfuerzo, que lleva implícitas las semillas del desastre. Queremos crecer eternamente, pero el crecimiento desmesurado nos puede hacer perder “el sentido de lo necesario”. Quiero decir que el punto sobre el que debe girar nuestra pasión compartida es el de asegurarnos un criterio, y a poder ser un criterio de excelencia, para que no nos devore: a mí la codicia de dinero a cualquier precio por lo que no es sino una chorrada, y al bibliotecario devore la estadística. Insisto, para que el libro no se convierta en un peso y haya pasado de ser un deseo a ser una carga no hemos de tratar con todo, pero hemos de saberlo todo de aquello con lo que tratamos. Nos hemos reunido aquí para hablar de patrimonio con nuestros criterios, ¿se imaginan qué maravilla sería saber los criterios que tendrán los bibliotecarios de aquí a doscientos años a la hora de hacer una exposición como ésta que hoy nos reúne? Yo me atrevo a adivinarlo: basta confiar en que las bibliotecas estén llenas de bibliotecarios.

A veces el atavismo es bueno, ¿saben de donde he sacado esta definición de su trabajo y de su criterio?, la que dice

“Hay pocas tareas intelectuales que requieran tanto talento como la de bibliotecario de una gran biblioteca... Supone el conocimiento de las lenguas antiguas y de las modernas, entender los libros, conocer las varias ediciones y saber todo cuanto tiene relación con la historia de la cultura, con el comercio del libro y con el arte tipográfico”.

Y basta que los bibliotecarios se fíen de su criterio y sepan confiar en aquellos que pueden llenar las lagunas a las que el curioso devenir de nuestros estudios nos lleven. Esto es, y disculpen por la confianza, acudan más al mundo de fuera. Es más que natural que el bibliófilo desconfíe del librero, pero qué sentido tiene que el bibliotecario desconfíe en estos tiempos de un librero, y aun del sabio bibliófilo. Ustedes tienen ahora las mismas fuentes de información global que nosotros, las mismas bibliografías on-line, las mismas

bases de datos. No las utilizemos de manera restrictiva. La crisis me ha dejado con apenas media docena de clientes: les puedo asegurar que son aquellos con quienes, independientemente de su actual posición económica, he compartido todo cuanto sé de los libros de los que hemos tratado: desde el precio que yo he pagado hasta por qué les cobro el dinero que les pretendo. Seamos, por otra parte, aún más claros. No es sólo el dinero lo que divide. O lo que separa al libro con valor patrimonial del que no lo tiene. Lo que nos aísla a todos es cierto sentido de importancia. Ya Ortega advertía contra la “imprescindibilidad” de algunas cosas. Yo creo firmemente en la dimensión social de nuestro trabajo, pero no hagamos de ello una “necesidad social”. Les recuerdo las palabras del filósofo: “todo lo que llega a ser estatal porque ha llegado al estado de ser socialmente necesario está ya caduco y tiene un sentido negativo. Es por eso que lo estatal parece siempre algo triste y penoso y no hay modo de poder extirparle ese olor desagradable a hospital, a cuartel, a cárcel”. Por fortuna, los libros son entes más vivos que los enfermos, los soldados o los presos. No juguemos con ellos como enfermeros, sargentos o carceleros. Si no sabemos sanarlos, disciplinarlos y hacerlos exotéricos, nuestro trato con el libro ha sido sólo mercadeo. Pondré un ejemplo para ilustrar este sermón.

Una de las pocas desazones que he tenido en esta casa como librero no ha sido cuando no se me ha aceptado una oferta de venta. Por azar, participé una vez en la venta de un excepcional manuscrito hispano-hebreo. Nadie dudó de su interés y vendedor y BNE llegaron a su acuerdo. Una vez en la Casa, una persona me insinuó que estaban muy contentos, pero que no había nadie en la BNE que supiera cómo describir el manuscrito y que vaya usted a saber cuánto tiempo pasaría sin ser catalogado y exprimido adecuadamente a su importancia. No le he seguido el paso al manuscrito, y tampoco quiero decir que todos hayamos de tener un experto en semíticas en nómina. Estoy seguro de que no es difícil acercarse a cualquier departamento universitario con profesores en lenguas muertas antes de que se extingan (los departamentos y los profesores) y pedir ayuda, si ese es el caso y la necesidad. La desazón me vino porque me hizo pensar en que vivimos una época proto-medieval. Podemos consultar nuestros libros en formatos varios: fotocopias, microfilms, filmaciones, digitalizaciones, pero pronto no sabremos qué dicen. No me estoy poniendo apocalíptico. ¿Saben cuántos alumnos tiene el departamento de lenguas bíblicas de la Universidad Complutense de Madrid? O por decirlo de otra manera: ¿saben quién reseña en la página web la adquisición de un libro de 400 euros por parte de la Biblioteca de Princeton: Anthony Grafton. Es como si aquí le pidiéramos al Excmo. Sr. Paco Rico que hiciera la reseña de un Cervantes apenas catalogado o a Sánchez Ron que describiera nuestro Laplace.

La sabiduría es otra de las formas de la biblioteca patrimonial. Y este es tema para otro simposio: del patrimonio a la erudición. Pensemos en que ya somos

arqueología y anticipémonos al saqueo. Sólo estando vivos y participando de todos los puntos en los que se ancla la cultura no seremos carroña.

Resumiendo, no demos carroña. Que el librero (o quien sea) encuentre el libro, que las bibliotecas lo custodien, pero que sea la sociedad civil quien inunde el mundo de artículos, ensayos y muestras de que aquí se guarda de verdad lo más interesante y que todo está bien vivo. Todos hemos de abrir nuestras posibilidades para irradiar luz y alegría, por muy estatales que seamos. A veces, llevarle a contraria a Ortega y Gasset tiene un qué se yo de gozoso. Que la institución pública sea ejemplo de instrucción pública, y así todos sus satélites seremos civiles instruidos. Esto como primer paso. Vayamos ahora a cosas más entretenidas.

¿Por qué creo en un ente autónomo con vocación patrimonial? Porque si es autónomo, y éste tiene ese título como organismo, creo, y la política se mantiene lejos y los políticos son mantenidos a raya nunca podrá pasarle a los libros lo que sucedió a Ovidio, que exiliado y prohibidos sus textos en todas las bibliotecas públicas de Roma, incluida aquella que era llamada Atrio de la Libertad, tuvo que exclamar en sus Tristes: “Como me ha sido prohibida toda sede pública, que me sea permitido un lugar privado y vosotras, manos plebeyas, acoged mis poemas, humillados con la vergüenza del rechazo público”. Esto es, que el criterio del bibliotecario pueda sobre el del interino.

Porque como ya explicaba en el siglo viii el obispo de Osma, Eterio, “per bibliothecam homo designatur” que algunos han traducido como, prefiero que hable por mí y por mis conciudadanos la excelencia intelectual que el patrimonio cultural que hemos reunido y protegido ha generado y no que lo haga la selección de fútbol. Porque la sabiduría, la excelencia cultural no se almacena. Se genera.

Porque la vocación patrimonial del libro es la aristocracia de la cultura, y acotar con el adjetivo patrimonial la adquisición, conservación y divulgación del libro impone un criterio, quiero creer que senequista: con esta armadura: “Los libros, cuando en multitud, distraen la mente. Así, como no puedes leer cuantos libros tendrás, es mejor tener sólo los que puedas leer”. He aquí un criterio. Que enlaza con el de Víctor Hugo: la masificación nos sepulta.

Y que siguió actual en los mejores libreros y en las mejores guías del Renacimiento. Decembrio aconseja al coleccionista o recolector que para el buen funcionamiento de una biblioteca no ha de comprar sino lo necesario. Y aquí la cosa se complica, claro, siempre que no distingamos entre una biblioteca patrimonial y el almacén del ISBN. Grafton nos recuerda que puede haber bibliotecas de varios presupuestos y voluntades, pero que lo que engarza el valor de lugares tan dispares (en el siglo xvi) como la Sala Sistina de la Vaticana y la Biblioteca de la Universidad de Leiden es que ambos son

centros ineludibles y fundamentales de lo que quieren representar: el catolicismo y el calvinismo. Y este criterio es el que también nos une. He de confesarle que de todos los catálogos que he redactado, los mejores libros, entre los que era evidente que ustedes no tenían, han sido en primera opción ofrecidos al Estado. Yo quiero que el Estado tenga lo mejor, y no me importan el papeleo, la dilación, los innúmeros cambios de gerente y otras menudencias. Sé también que el libro que engulle el estado, Fortuna así lo quiera, no vuelve a aparecer en el mercado. No es preocupante, para eso, para suministrar el mercado ya están las instituciones americanas y los profesores sin escrúpulos.

Porque soy petrarquista y él propuso crear con sus libros “*bibliotheca quaedam publica*”

Porque cuando digo aristocracia de la cultura no estoy sino utilizando un término estúpidamente contemporáneo para traducir lo que Niccoli, humanista cercano a Petrarca, deseaba también: que sus libros estuvieran al servicio de “*todos los ciudadanos estudiosos*”. Y separo los términos: todos, ciudadanos, y estudiosos.

Porque la biblioteca pública con esta voluntad selectiva “*ingeniorum sustentaculum*”

La bula de fundación de la BAV explica que sus razones son “*ad decorem militantes Ecclesie, fidei catholice augmentum, eruditorum quoque ac litterarum studiis virorum commodum et honorem*”.

Porque es un punto sin retorno el paso de la biblioteca de corte a la biblioteca de Estado. Esto es, de la que sirve de entretenimiento a la que sirve de sostén de lo mejor de una cultura. Esto es, de la que se funda y organiza por el criterio de un noble a la que se mantiene para solaz de los mejores sin que los peores puedan saquearla o desdeñarla.

Porque quiero convencerme que como aquellos príncipes humanistas que hicieron este paso, el libro ha de volver a ser un elemento de prestigio. Alfonso de Aragón, ibérico de formación, esto es, prácticamente monolingüe y aun cerril al inicio quedó deslumbrado por los libros y se hacía retratar después siempre con uno. ¿Se imaginan que nuestros príncipes modernos (banqueros, futbolistas, cantantes, concejales) se hicieran retratar con libros, siquiera vacíos? Ya no pido una medalla esculpida por Pisanello, bastaría con una foto en el diario La Razón.

Los libros dan prestigio ya daban prestigio entre los primeros constructores, Vitruvio 6, 8, 2 *Faciunda sunt vestibula regalía alta, atria, praeterea biblioteca.*

Tanto que un ricachón como Trimalción lo sabe y presume de ello en sus banquetes, aunque el resultado no deja de invitar a la reflexión.

“No penséis que soy un inculto: tengo tres bibliotecas, una griega y otra latina”.

Porque creo que una exposición como ésta devuelve al libro su valor cultural y reduce el artístico o el estrictamente estadístico. Cuando los franceses invadieron el reino del Nápoles aragonés, al invasor Carlos VIII se le mostraron los libros que quedaban en los palacios como tesoros, y no como libros. El bibliotecario descubrió que el guerrero invasor “*paucas habebat litteras*”. Por tanto, cuando venga a esta casa uno de esos príncipes modernos que he citado, que vea que los tesoros no lo son por la estadística, sino por su aportación al conjunto y por su contribución a la cultura. Y por favor, cuando hagan las tres preguntas detestables (cuál es el más antiguo, cuál es el más caro, cuál es el más importante) y se queden en lo anecdótico al no saber ir más allá, mírenlo con cierta condescendencia.

Me gustaría que las bibliotecas de hoy cumplieran una función ulterior. Los libros nos llegan hoy perfectos, en el valor etimológico del termino, esto es, acabados. A diferencia de las bibliotecas antiguas, en la que los promotores necesitaban productores de libros (autores, escribas, pintores, encuadernadores, impresores, ladrones – se dice que los cazadores a órdenes de los Papas tenían orden o bula para robar todo volumen interesante que no pudiera ser copiado *in situ*), decía, las bibliotecas modernas cierran ese círculo. Primero ensanchando el canon de lo intelectualmente necesario, ¿se imaginan una Biblioteca Estatal centrada sólo en un sector, por decir algo ridículo, obsesionada sólo por los libros en miniatura, por aquello de que la esencia se conserva en tarro pequeño? Ridículo.

Como saben, los humanistas superaron este criterio renunciando a los valores individuales que la erudición proporciona y quedaron confiados en que la erudición en definitiva sirve para renovar, insisto, renovar la educación, la literatura, la filosofía, la teología, la vida civil.. Cuando ayudaron a crear bibliotecas a las órdenes de los poderosos, inculcaron la función ulterior de promover la conversación entre los libros, ya acabados, y los nuevos lectores. E hicieron de estos nuevos lectores, eruditos. Como continuación a ese proceso véase el cambio que se produce en la vida intelectual inglesa del siglo xviii, en que los libros pasaron de estar presentes en el hall de la casa al *cabinet* del señor; los libros pasaron de ser motivo de lectura a motivo de estudio. Si la lectura es el mayor entretenimiento del mundo, el estudio es el mayor patrimonio del hombre.

Para acabar, antes de que esto se convierta en una paliza para ustedes, decirles que quizá les haya extrañado mi obsesión por la excelencia, por la erudición, por la exclusividad. Tanto que quizá piensen que soy un pedante. Están en lo cierto, soy un pedante, pero en su modo activo: no hago alarde de falsa erudición en vano. Tengo un motivo y viene a cuento, el no hacer de todo esto bibliofilia basura, educación basura, televisión basura. No se olviden que ustedes han invitado para esta jornada a lo mejor de cada casa (con una excepción), por tanto desean la excelencia tanto como yo. Y es así porque, como ha escrito uno de nuestros ilustres contertulios: “El libro forma parte no sólo de su propio género material, sino que es parte de una categoría superior”. Y forma su propia sociedad, una en la que todo permanece y que no acepta reglas mediocres ni vagas, pues tiene una misión ulterior, estricta y responsable, ser un ancla para valores positivos: “no es la cultura la que corrompe la sociedad, es la sociedad la que corrompe la cultura”. Y esto lo dijo un director de esta casa. Yo les agrego: Menos mal que nos queda la Nacional.

© Carlos Clavería

Caspe-Madrid, 1 al 8 de febrero de 2010